

LA PARABOLA DEL BUEN SAMARITANO



“Y he aquí un intérprete de la ley se levantó y dijo, para probarle: Maestro, ¿haciendo qué cosa heredaré la vida eterna? El le dijo: ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Aquél, respondiendo, dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. Y le dijo: Bien has respondido; haz esto, y vivirás. “Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Respondiendo Jesús dijo: Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto. Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo. Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándole aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese. ¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? El dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo.” (Lucas 10:25-37)

EL AMOR Y EL INTERES POR EL PROJIMO (Lección 9)



La narración de Jesús acerca de un samaritano viajero que ayudó a un desconocido herido ha dejado una impresión indeleble en la conciencia del hombre. Lucas es el único escritor que ha preservado estas palabras de Jesús, y si no hubiera sido por él esta historia tan bella no habría sido contada.

La pregunta del intérprete de la ley

En algunas ocasiones la pregunta de lo que uno debía hacer para heredar la vida eterna fue hecha a Jesús (vea Mateo 19:16-22; 22:35-40, y los paralelos). Esta vez se la hizo un abogado. El abogado era por profesión un experto de la ley judía. Era un hombre que debía saber todas las respuestas. Por eso Jesús le preguntó: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” - como diciéndole: “Tú eres experto en estos asuntos. Más que cualquiera tú debes poder contestar tu propia pregunta”—. Y el abogado dio una contestación inteligente. Citó Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18 y

mostró que la ley demandaba amor perfecto para Dios y amor perfecto para el hombre. “Tienes razón,” dijo Jesús. “Si guardas la ley tan bien como la citas, tendrás vida eterna.” Pero la pregunta original del abogado no nació de motivos sinceros; y como la respuesta de Jesús lo avergonzó, buscó la manera de salir del apuro, al preguntar: “¿Quién es mi prójimo?” En esta lucha por su defensa personal, el abogado se encuentra cara a cara con una descripción sincera del verdadero amor al prójimo.

El camino y sus viajeros

El camino que conecta a Jerusalén con Jericó es famoso por los lugares peligrosos. Jerusalén está situada en unas colinas, unos 700 metros sobre el nivel del mar; y Jericó, en una baja planicie cerca del Mar Muerto, unos 335 metros bajo el nivel del mar. El camino entre las dos ciudades cubre unos 27 kilómetros, pero desciende unos 1035 metros. Serpentea, vira, y baja drásticamente. Esta senda zigzag ha probado ser muy peligrosa a través de los siglos. Josefo, en el primer siglo, la describe como “desolada y rocosa,” llena de bandidos; y en el cuarto siglo, Jerónimo habló de un lugar en el camino como “La Senda Roja o Sangrienta,” por que mucha sangre había caído allí. W.M. Thomson, que fue misionero por treinta años en esa región del mundo, ha preservado algo de la atrevida aventura que lo acompañó en su jornada de Jerusalén a Jericó. En el año 1833, como se relata en su libro *La Tierra y el Libro*, hizo este mismo viaje, empezando desde la Puerta de San Esteban en la pared oriental de Jerusalén. Su descripción del viaje es de la siguiente manera: “Pasamos la Puerta de San Esteban, serpenteamos en la senda por el valle angosto de Josafat, sobre el punto sur del Olivar, por las ruinas miserables de la ciudad de María, Martha, y Lázaro y entonces nos preparamos a descender, porque se acuerda que hay que descender a Jericó. Y, de seguro, descendimos, descendimos, sobre piedras resbaladizas, más de una milla, cuando la senda se hacía menos precipitosa. Aun así, sin embargo, el camino sigue el canal seco de un arroyo por algunas millas más, como si descendiéramos a las mismas entrañas de la tierra. ¡Cuán apropiadamente adecuado para ladrones! Después de dejar el arroyo, el cual se vira demasiado al sur, ascendiendo y descendiendo colinas desnudas por muchas millas, la expectativa gradualmente se hacía más y más pesimista. Ni una casa, ni un árbol se pueden ver; y los únicos remanentes son los de una gran posada, a la cual se dice que el samaritano llevó al judío herido. No lejos de aquí, en un desfiladero angosto, un viajero inglés fue atacado, baleado y despojado en 1820. Al acercarse al llano, las montañas parecen más lúgubres; los cañones, más temibles; y los pasajes angostos, menos y menos transitables. Al fin llega el peregrino agotado al llano por un declive largo y empinado...” Así era hace más de cien años; y aún en nuestros días de automóviles y transportes modernos, el camino ha sido escenario de muchos robos.

Los viajeros en la parábola son cuatro. Primero, está la víctima. Sin duda era judío. Tal vez se piense que era muy descuidado, por viajar solo en un camino tan peligroso; pero no se puede hablar mucho sobre esto punto porque todos los otros viajeros también viajaban solitos. Segundo, está el sacerdote. Había muchos sacerdotes en Palestina. Desde el tiempo de David, los sacerdotes habían sido divididos en veinticuatro órdenes o turnos (vea 1^a Crónicas 24:1-19). Cada turno servía en el templo dos veces al año, una semana a la vez. Jericó, como Jerusalén, era ciudad de sacerdotes, por eso a menudo se veía a los sacerdotes y levitas que iban camino del desierto. El sacerdote del cuento miró una vez al hombre herido y pasó por el otro lado. Tercero, está el levita. Los levitas eran los miembros de la tribu de Leví que no eran sacerdotes. Servían como ayudantes a los sacerdotes en las muchas funciones del servicio del templo (vea 1^a Crónicas 23:24-32). El levita, como el sacerdote, según la parábola, miró al hombre y pasó de lado. Indudablemente el sacerdote igual que el levitas conocían las demandas de Dios, pero en sus vidas diarias no reconocían las demandas de la humanidad.

El último en aparecer era samaritano. Los judíos veían a los samaritanos como pillos y pícaros. La lucha entre los dos grupos venía desde hacía mucho. Cuando el reino del norte fue conquistado por los asirios en 722 A.C., miles de los ciudadanos principales de Israel fueron deportados y reemplazados por gentes traídas de Babilonia. Con el tiempo los israelitas quienes quedaron en la tierra se casaron con los extranjeros. Por eso los samaritanos eran mestizos, y eso era algo que los judíos no podían olvidar. Más de dos siglos después, cuando los judíos estaban reconstruyendo el templo bajo Zorobabel, los samaritanos ofrecieron su ayuda, pero su oferta fue rechazada. Este rechazo brusco de los judíos agravó los antiguos sentimientos de envidia, con el resultado eventual que los samaritanos se separaron completamente de los judíos y construyeron su propio templo de adoración en el Monte Gerizim. En el tiempo de Cristo la amargura entre el judío y el samaritano era tan grande que los judíos que viajaban entre Galilea y Jerusalén preferían cruzar al lado este del Río Jordán y pasar por Perea antes que pasar por el país de los samaritanos. Sin embargo en la parábola fue el pícaro samaritano el que se hizo héroe.

Tres dibujos de un cristiano

Se ha dicho que esta parábola es la más práctica de todas las parábolas. Llega al fondo de lo que verdaderamente es el cristianismo. No hay lugar aquí para trivialidades piadosas ni definiciones fastidiosas; no hay lugar para un cristianismo abstracto ni para una religión que sea vista por los hombres. Con un acontecimiento Jesús nos obliga a ver que el cristianismo es una forma de vivir. En este acto vemos tres dibujos del cristiano.

1. La compasión del cristiano. En la parábola el samaritano se distingue del sacerdote y del levita en muchas maneras, pero la primera y mayor distinción es que el samaritano tenía corazón compasivo. Había un hombre en dificultades que necesitaba ayuda. El sacerdote y el levita no le conocían y no se preocuparon. El samaritano tampoco le conocía, pero su corazón no le dejó irse. Siga la narración paso por paso, recuente cada hecho del samaritano, y todo concluirá en un corazón compasivo. Hay una historia de un hombre de la gran depresión fiscal de 1930 quien estaba mendigando. No podía encontrar trabajo, y no tenía a quién acudir. Un día se acercó a un hombre bien vestido en la calle y le dijo, “Señor, ¿no tiene un poco de dinero extra para que me compre algo de comer?” El hombre empezó a buscar una y otra excusa. Por fin, extendiendo el brazo, el mendigo dijo, “Señor, si no puede darme la plata, ¿me daría por lo menos la mano?” Lo que necesitaba el hombre además de la comida eran comprensión y simpatía.

El mundo realmente necesita compasión. Necesita científicos e ingenieros y astronautas; necesita hombres con planes nuevos e ideas nuevas; pero necesita hombres con corazones grandes. “Bienaventurados los misericordiosos” (Mateo 5:7). “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia” (Colosenses 3:12). “Sed pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lucas 6:36), El samaritano tenía perfecta compasión. Muchas veces somos parecidos al sacerdote y al levita, Sin duda los dos podrían haber dado cien razones por las cuales no prestaron ayuda. Nosotros también vacilamos y presentamos excusas por no ayudar a otros. Decimos: “Señor, no merecen ayuda.” El Señor dice en esta parábola: “El punto de la parábola no es quién merece la ayuda, sino quién necesita la ayuda.” Decimos: “Señor, ellos mismos se han metido en eso.” Y el Señor dice: “Puede ser. Pero tú te has metido en mucho, y todavía yo soy misericordioso.” Muchos individuos que buscan ayuda han encontrado solamente a un mundo frío; y a veces, como en esta parábola, la gente de corazón más frío es la que profesa ser más religiosa.

2. La conducta del cristiano. En la parábola, el samaritano ejemplifica los principios de la conducta cristiana. Todo el mundo se acuerda de su compasión, pero es porque su compasión le condujo a la acción instantánea. La compasión no es verídica si no es más que una emoción. La compasión real afecta la conducta. Y eso, después de todo, es lo que significa el cristianismo. Hay distintas reglas que siguen los hombres en su conducta. Primero, está la Regla de Hierro. La Regla de Hierro dice: “La fuerza da el derecho.” Los ladrones de la parábola ilustran esta regla. Se unieron en banda, se armaron, y emboscaron a un viajero solitario, robándole, hiriéndolo y dejándolo

inconsciente en una zanja. Pusieron en práctica el principio emitido por Trasímaco, en La República de Platón, que “la justicia no es sino el interés del más fuerte.” La fuerza y el poder eran la única ley que conocían. Su filosofía era: “Lo que es tuyo es mío, me lo llevaré.” Segundo, está la Regla de Plata. La Regla de Plata destaca: “No hagas a los otros lo que no quieres que te hagan a ti.” El sacerdote y el levita seguían esta regla. Estos dos eclesiásticos no le hicieron ningún daño al herido, pero tampoco le hicieron ningún bien. Mucha gente es así. Su religión es puramente un asunto negativo. Sienten que ser cristiano consiste sólo en no hacer ciertas cosas. No tienen un sentido de responsabilidad hacia los demás. No piensan en otros, no oran por otros. Están contentos con ser ignorados, e ignoran a todos los demás. Su filosofía es: “Lo que es mío es mío. Lo guardaré.”

La otra regla que se ve en la historia es la Regla de Oro. Dice: “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Lucas 6:3 1). Esta fue la regla por la cual vivió el samaritano. Cuando vio al herido, imaginó verse a sí mismo en esa zanja, y sabía lo que tenía que hacer. Su deber era ayudar. Se paró y llegó al hombre; le dio los primeros auxilios; le puso en su propio animal; le llevó a un mesón; le cuidó durante la noche; y a la mañana siguiente, cuando tenía que salir, se aseguró de que el hombre tuviera el cuidado necesario. De principio a fin y en todo se preguntaba: “¿Qué más puedo hacer?” De esta forma la religión de la Regla de Oro es positiva. Es un servicio práctico que vale en el reino de Cristo. El cristianismo es más que ir a la iglesia y hacer oraciones. Un grupo de gente puede hacer estas cosas por años y todavía ser una iglesia muerta. El cristianismo es una manera de vivir. Es una manera de darse a otros. La filosofía del cristiano es: “Lo que es mío es tuyo. Lo compartiremos.”

3. El círculo del cristiano. En la parábola el samaritano demuestra que el círculo de responsabilidad cristiana es el mundo. Los judíos en el tiempo de Cristo vivían en un mundo cerrado, interesado en sí. Odiaban a todas las demás gentes y las consideraban inmundas. Por sus actitudes y tradiciones construyeron paredes que les hacía imposible vivir en paz con todos los hombres. La ley de veras decía que uno debía amar a su prójimo, pero los judíos interpretaban este mandamiento como si hubiera dicho que un judío debía amar solamente a un judío. No sentían ninguna obligación para los gentiles. Decían, por ejemplo, que si un sábado caía una pared sobre un hombre, se podía sacar solamente lo suficiente para ver si era un judío la víctima. Si era judío, se le podía ayudar; si era gentil, sería violación del sábado ayudarlo. No es sorprendente, entonces, que Jesús escogiera a un samaritano despreciado para que tuviera el papel principal en su cuento. Es fácil para nosotros hoy en día encontrar fallas en los insignificantes prejuicios de los judíos, pero

queda el hecho de que la mayoría de las gentes que reciben nuestra ayuda son nuestros amigos. ¿A quiénes con cedemos favores? ¿A quiénes invitamos a merendar? ¿Por quiénes oramos? Estamos listos a servir a otros si son nuestros compañeros. Somos prontos a aliviar a los afligidos o a arropar a los huérfanos, pero primero preguntamos si son de nuestro grupo. Pero las demandas de la humanidad, en su miseria, no se pueden restringir a una orden social o a un color o a un credo. Nosotros también tenemos que preguntar: “¿Quién es mi prójimo?”

Ve, y haz tú lo mismo

Jesús concluye su cuento preguntando al abogado cuál de los tres probó ser el prójimo del hombre que cayó entre ladrones. El abogado contesta: “El que usó de misericordia con él.” “Bien, allí está la respuesta a tu pregunta,” dijo Jesús. “Ve, y haz tú lo mismo.”

El cuento de Jesús sobre el samaritano fija la atención en mis obligaciones para con todos los hombres. Yo debo a otros algo que tengo que pagar. La pregunta no es tanto “¿quién es mi prójimo?”, sino “¿de quién soy prójimo?” Todos somos viajeros. Y hay sólo dos lados en el camino de la vida, este lado y el otro. El samaritano sin nombre viajó por este lado —con una mirada atenta, un corazón compasivo, listo a dar su ayuda en la forma que fuera necesaria— y llegó a la inmortalidad.

PREGUNTAS

1. ¿Qué quiere decir el término “intérprete de la ley”? ¿Qué clase de hombre era este intérprete? ¿En cuáles aspectos era erudito y a la vez no muy inteligente?
2. Contar algo en cuanto al camino entre Jerusalén y Jericó. ¿Por qué ha sido tan arriesgado el camino, por ahí, a través de los siglos?
3. Describir brevemente la razón de la lucha entre judíos y samaritanos. ¿Por qué cree que Jesús escogió a un samaritano para ser el héroe del cuento?
4. ¿Cuáles lecciones se pueden aprender de la conducta del sacerdote y del levita?
5. Leer Mateo 5:43-48 y Romanos 12:14-21. ¿En qué distingue nuestro concepto de ser buen prójimo con el concepto de los judíos?